

LA FE DE LA IGLESIA



Colección “Raíces de la fe”

FRANCISCO

LA FE DE LA IGLESIA

Las catequesis del Papa



Ciudad Nueva

Preparado por: *Ana Hidalgo*
Maquetación y diseño gráfico: *Antonio Santos*
Imagen de cubierta:
Pantocrátor (mosaico s. XIII),
antigua basílica de Santa Sofía (Estambul)

© Libreria Editrice Vaticana

© 2014, Editorial Ciudad Nueva
José Picón, 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-293-8
Depósito legal: M-1.014-2014

Imprime: Advantia Comunicación Gráfica - Getafe (Madrid)

Nota del editor

En este libro presentamos las 26 catequesis del papa Francisco sobre la fe, pronunciadas en sus audiencias de los miércoles entre abril y diciembre de 2013. Con ellas cerramos el ciclo de las catequesis para el *Año de la fe* que inició Benedicto XVI el 10 de octubre de 2012 y que habían quedado interrumpidas a raíz de su renuncia, publicadas por Ciudad Nueva bajo el título *Deseo de Dios*.

Francisco retomó las catequesis sobre la fe a los 20 días de ser elegido papa. En ellas, siguiendo la estela de su antecesor, ha recorrido el *Credo*, se ha detenido en particular en el misterio de la Iglesia a la luz del concilio Vaticano II y se ha fijado en María como imagen y modelo de la Iglesia.

Con su estilo llano y claro, Francisco establece en cada audiencia un diálogo directo con las personas reunidas en la plaza de San Pedro, en particular con los jóvenes, a los que interpela a menudo y cuya respuesta de viva voz espera. Cada audiencia comienza con un «queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!» (omitido en esta edición), con el que llega directamente al corazón

de cada persona. Y a partir de ahí, describe y profundiza en una fe que se apoya sobre todo en el amor, en la confianza, que requiere paciencia y misericordia con nosotros mismos y con los demás, que da como fruto la mayor alegría y que construye una Iglesia «de puertas abiertas» en lugar de la Iglesia «privatizada» en la que tan fácil nos resulta refugiarnos.

«La fe es un acto personal –dice el Papa–. Pero la fe la recibo de otros, en una familia, en una comunidad... Un cristiano no es una isla. No nos convertimos en cristianos en un laboratorio, no nos convertimos en cristianos por nosotros mismos y con nuestras fuerzas, sino que la fe es un regalo, es un don de Dios que se nos da en la Iglesia y a través de la Iglesia».

Y más adelante: «Que cada uno de nosotros se pregunte: ¿qué hago yo para que otros puedan compartir la fe cristiana? ¿Soy fecundo en mi fe, o soy cerrado? Cuando repito que amo una Iglesia no cerrada en su recinto, sino capaz de salir, de moverse, incluso con algún riesgo, para llevar a Cristo a todos, pienso en todos, en mí, en ti, en cada cristiano. Todos participamos de la maternidad de la Iglesia, a fin de que la luz de Cristo llegue a los extremos confines de la tierra».

*Resucitó al tercer día**

Hoy retomamos las catequesis del *Año de la fe*. En el *Credo* repetimos esta expresión: «Resucitó al tercer día según las Escrituras». Es precisamente el acontecimiento que estamos celebrando: la resurrección de Jesús, centro del mensaje cristiano, que resuena desde los comienzos y se ha transmitido para que llegue hasta nosotros. San Pablo escribe a los cristianos de Corinto: «Yo os transmití en primer lugar lo que también yo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; y que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; y que se apareció a Cefas y más tarde a los doce» (1 Co 15, 3-5).

Esta breve confesión de fe anuncia precisamente el misterio pascual, con las primeras apariciones del Resucitado a Pedro y a los doce: la muerte y la resurrección de Jesús son precisamente el corazón de nuestra esperanza. Sin esta fe en la muerte y resurrección de Jesús, nuestra esperanza será débil, pero no será tampoco es-

* Audiencia general, Plaza de San Pedro, 3 de abril de 2013.

peranza, y justamente la muerte y la resurrección de Jesús son el corazón de nuestra esperanza. El Apóstol afirma: «Si Cristo no ha resucitado, vuestra fe no tiene sentido, seguid en vuestros pecados» (v. 17).

Lamentablemente, a menudo se ha tratado de oscurecer la fe en la resurrección de Jesús, y también entre los mismos creyentes se han insinuado dudas. En cierto modo una fe «al agua de rosas», como decimos nosotros; no es la fe fuerte. Y esto por superficialidad, a veces por indiferencia, ocupados en mil cosas que se consideran más importantes que la fe, o bien por una visión solo horizontal de la vida. Pero precisamente la resurrección es la que nos abre a la esperanza más grande, porque abre nuestra vida y la vida del mundo al futuro eterno de Dios, a la felicidad plena, a la certeza de que el mal, el pecado, la muerte pueden ser vencidos. Y esto conduce a vivir con más confianza las realidades cotidianas, afrontarlas con valentía y empeño. La resurrección de Cristo ilumina con una luz nueva estas realidades cotidianas. ¡La resurrección de Cristo es nuestra fuerza!

Pero ¿cómo se nos transmitió la verdad de fe de la resurrección de Cristo? Hay dos tipos de testimonio en el Nuevo Testamento: unos en forma de profesión de fe, es decir, de fórmulas sintéticas que indican el centro de la fe; y otros con forma de relato del acontecimiento de la resurrección y de los hechos vinculados a ella. El primero: la forma de la profesión de fe, por ejemplo, es la que

acabamos de escuchar, o bien la de la carta a los Romanos, donde san Pablo escribe: «Si profesas con tus labios que Jesús es Señor, y crees con tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo» (10, 9). Desde los primeros pasos de la Iglesia es bien firme y clara la fe en el misterio de la muerte y resurrección de Jesús.

Hoy, sin embargo, quisiera detenerme en la segunda, en los testimonios en forma de relato que encontramos en los Evangelios. Ante todo notamos que las primeras testigos de este acontecimiento fueron las mujeres. Al amanecer, ellas fueron al sepulcro para ungir el cuerpo de Jesús y encuentran el primer signo: la tumba vacía (cf. *Mc* 16, 1). Sigue luego el encuentro con un mensajero de Dios que anuncia: Jesús de Nazaret, el Crucificado, no está aquí, ha resucitado (cf. vv. 5-6). Las mujeres habían ido impulsadas por el amor y saben acoger este anuncio con fe: creen e inmediatamente lo transmiten, no se lo guardan para sí mismas, lo comunican. La alegría de saber que Jesús está vivo, la esperanza que llena el corazón no se pueden contener. Esto debería suceder también en nuestra vida. ¡Sentamos la alegría de ser cristianos! Nosotros creemos en un Resucitado que ha vencido el mal y la muerte. Tengamos la valentía de *salir* para llevar esta alegría y esta luz a todos los sitios de nuestra vida. La resurrección de Cristo es nuestra certeza más grande, es el tesoro más valioso. ¿Cómo no compartir con los demás este tesoro, esta certeza? No es solo para nosotros; es para transmitirla, para dar-

la a los demás, compartirla con los demás. Es precisamente nuestro testimonio.

Otro elemento. En las profesiones de fe del Nuevo Testamento, se recuerda como testigos de la resurrección solamente a hombres, a los apóstoles, pero no a las mujeres. Esto es porque, según la ley judía de ese tiempo, las mujeres y los niños no podían dar un testimonio fiable, creíble. En cambio, en los Evangelios, las mujeres tienen un papel primario, fundamental. Aquí podemos identificar un elemento a favor de la historicidad de la resurrección: si hubiera sido un hecho inventado, en el contexto de aquel tiempo no habría estado vinculado al testimonio de las mujeres. Sin embargo, los evangelistas narran sencillamente lo sucedido: las mujeres son los primeros testigos. Esto indica que Dios no elige según criterios humanos: los primeros testigos del nacimiento de Jesús son los pastores, gente sencilla y humilde; las primeras testigos de la resurrección son las mujeres. Y esto es bello. Y esto es en cierto sentido la misión de las mujeres: de las madres, de las mujeres. Dar testimonio a los hijos, a los nietos, de que Jesús está vivo, es el viviente, ha resucitado. Madres y mujeres, ¡adelante con este testimonio!

Para Dios cuenta el corazón, lo abiertos que estamos a Él, si somos como niños que confían. Pero esto nos hace reflexionar también sobre cómo las mujeres, en la Iglesia y en el camino de fe, han tenido y tienen también hoy un papel especial en abrir las puertas al Señor, se-